

BUSCANDO SIGNOS Y RAICES DEL ATENTADO AL PAPA

Muchos pensarán que ya se ha dicho todo frente al reciente atentado contra el Papa Juan Pablo II. Sin embargo, quizás recién empiece el tiempo propicio para una reflexión más profunda.

El acontecer noticioso superpone y desplaza hechos con implacable velocidad. Sin embargo, sus muy diversas repercusiones y consecuencias en el curso de la historia dependen a la postre de su importancia real.



Al escribirse estas líneas, la salud del Papa convalece progresivamente, dentro aun de un cuadro delicado. Pero detrás de esa explicable atención prioritaria del cable, subsiste la exigencia de penetrar en el análisis del hecho estremecedor.

El Jefe Supremo de la Iglesia Católica en el mundo ha sido baleado por un terrorista en la Plaza de San Pedro. Ya está claro que el autor del atentado no es un "loco" ni un simple "desequilibrado". Disparó sobre Su Santidad porque quería asesinarlo, movido por un fanatismo extremado hasta el mayor odio contra la cristiandad y su figura más representativa.

Desde el ámbito católico han surgido interesantes consideraciones que buscan interpretar el hecho a la luz de "los signos de los tiempos".

La perspectiva católica de la historia incluye la acción de un Dios providente que, sin menoscabo de la libertad humana, guía la historia hacia un acontecimiento inexorable: el fin del mundo —o más exactamente el fin del tiempo—, que traerá consigo la segunda venida de Cristo, ya en gloria y majestad, cuando venga a implantar la plenitud de su Reino y a juzgar a los hombres para eterna salvación o condenación de cada uno de ellos, según sus méritos y sus obras.

La concepción apocalíptica de la historia está en el centro mismo de la fe cristiana y explica el sentido más fundamental de la Iglesia Católica. Por encima de las debilidades de sus hombres, incluidos muchos de sus pastores, la Iglesia es y será siempre para sus fieles la continuadora del Reino de Dios que Cristo inauguró con su primera venida, hace casi dos mil años, y habrá de culminar cuando vuelva para vencer definitivamente el poder del demonio, que aún subsiste, no obstante estar ya sentenciado de

derrota desde la Resurrección del Mesías.

La Jerarquía Eclesiástica siempre ha prevenido a los católicos contra cualquier tentación de desprender conclusiones apresuradas o categóricas acerca del contenido apocalíptico exacto de un hecho o momento histórico determinado. Cristo advierte que "sólo el Padre del cielo conoce el día y la hora" de aquel final.

Desde el prisma católico, lo importante no es "adivinar" sobre cuán próximo estamos del fin de los tiempos, o bien de la "gran tribulación" que la precederá, "cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá", al punto de que "si no se acortasen aquellos días nadie se salvaría", según las palabras textuales con que Cristo describe los signos previos a su segunda venida. Menos aún podría conducir lo anterior a visiones derrotistas o carentes de esperanza, porque la fe cristiana anuncia esos horribles sufrimientos espirituales y materiales como preludio de la subsiguiente implantación de la plenitud del Reino de Dios. A lo que el catolicismo llama es a analizar la historia —y muy especialmente la de su Iglesia— desde la óptica de una humanidad que avanza hacia ese desenlace final y glorioso, a través de sufrimientos, silencios y traiciones, que aun cuando no fuesen los signos finales últimos, constituyen prefiguraciones crecientes de ellos.

La presencia y las raíces más hondas del demonio y del mal no pueden escapar de un enfoque del tema en la perspectiva católica.

Si bien nuestra revista no tiene compromiso confesional con ningún credo religioso, nos ha parecido interesante publicar en esta edición el contenido del Mensaje de Fátima, entregado en sucesivas apariciones de la Virgen María a tres pastorcitos de Portugal.

entre mayo y octubre de 1917, hechos que la Iglesia Católica reconoce oficialmente y donde se pide una conversión de la humanidad, advirtiendo del castigo que la espera en caso contrario.

A todo evento, los sorprendentes acontecimientos que invitan a meditar desde el ángulo católico sobre "los signos de los tiempos" se han visto incrementados en torno a la cumbre misma de la Iglesia. El brevísimo pontificado de Juan Pablo I, durante apenas 33 días; su sucesión por el primer Papa no italiano en más de cuatro siglos; la circunstancia de que él provenga de un país sojuzgado por el comunismo; la rebelión que enseguida ha surgido en esa Nación polaca, y que a diferencia de otras, amenaza desnudar la falsedad de la raíz doctrinaria del marxismo; la caída del Papa baleado en la Plaza de San Pedro, el 13 de mayo pasado, precisamente en el aniversario de Fátima, y, en fin, la muerte –pocos días después– del Cardenal Primado de Polonia, Monseñor Wyzsinsky, quizás el Obispo afectivamente más ligado a S.S. Juan Pablo II y, considerado con razón "padre de los polacos" por su conducción espiritual en la resistencia frente al comunismo ateo; todo ello configura una impresionante cadena de hechos que, para los católicos, ciertamente no pueden pasar desapercibidos en la rutina.

Pero más allá incluso de la perspectiva católica, proceden también algunas consideraciones de orden moral y político.

El hecho es demasiado dramático para pretender cualquier análisis políticamente mezquino. Sin embargo, tampoco pueden silenciarse las reflexiones que él impone.

¿Cuántas veces se favoreció inconscientemente el terrorismo, cuando se empleó selectividad en su condena,

según cuál fuere la ideología del terrorista o de su víctima?

Que Anastasio Somoza era un hombre de trayectoria poco apreciable, parece un asunto de opinión generalizada. Pero ¿cuántos condenaron su asesinato públicamente, y cuántos en cambio, callaron? Valga este caso a modo de un solo y simple ejemplo reciente y geográficamente cercano. Pero los ejemplos podrían multiplicarse en las más variadas direcciones ideológicas.

¿Cuánta responsabilidad objetiva tienen en el auge terrorista quienes desde círculos cristianos, y hasta eclesiásticos, a fines de la década del 60 llamaron "violencia institucionalizada" a las imperfecciones e injusticias de las sociedades libres, favoreciendo así que otros legitimaran enseguida la verdadera violencia –la del asesinato o el secuestro– bajo el aura de ser una "respuesta revolucionaria"?

Esa "violencia revolucionaria" justificada por el falso calificativo de "violencia institucionalizada", aplicado a una realidad que, por muchas críticas que pudiere merecer, no era ni es asimilable a la auténtica violencia, contribuyó en la práctica –y más allá de intenciones que no calificamos– al reino mundial del terrorismo, que ha terminado por disparar contra el Papa. ¿Cuánta responsabilidad objetiva les cabe en este hecho a los sacerdotes que se han sumado a la guerrilla, hasta culminar –por citar sólo otro ejemplo reciente– en el extremo del Obispo brasileño, Monseñor Pedro Casaldaliga, que recibiera el uniforme de la guerrilla sandino-comunista, llamándolo "sacramento de liberación", y agregando que "me siento vestido de guerrillero, como podría sentirme paramentado de sacerdote"?

¿Cuánta responsabilidad les cabe a

los organismos internacionales y gobernantes que han recibido a Yasser Arafat, cabeza de un grupo terrorista internacional, reconociéndole calidad de jefe de un movimiento político de liberación o autonomía nacionalista, y hasta incluso de Jefe de Estado?

¿Cuánta responsabilidad les cabe, en fin, a quienes hoy vuelven a sembrar confusión en las ideas a base de juegos semánticos, denominando "terrorismo de Estado" a los excesos que ciertos Gobiernos cometen en la lucha antiterrorista?

Para condenar estos excesos —especialmente cuando carecieren de explicación plausible y correctivos consiguientes— no es menester llamar te-

rorismo a lo que no lo es. Como no resultaba necesario —ni legítimo— apodarar de violencia a lo que no lo era ni lo es, para urgir a la necesaria superación de las injusticias susceptibles de ser remediadas.

Entre los responsables de todas esas selectividades, ligerezas o intencionados juegos semánticos, hubo muchos que han llorado el reciente atentado al Papa. Lo importante sería que, junto a ello, tomaran conciencia que, en algún grado y momento, su actitud contribuyó a crear el clima que permitió que un fanático turco gatillara su arma contra la vida de Su Santidad. Y que de ahí ojalá fluyera una reflexión profunda, integral y duradera.

R